



Nueva relacion, en la cual se refiere la sangrienta y leal batalla entre Fierabras de Alexandria y el conde Oliveros, general de las tropas del Emperador Carlo Magno; con todo lo demás que verá el curioso lector.

Estremézcase la tierra,
 callen los guapos del mundo,
 y aun los canes del profundo
 tiemblen de fomentar guerra
 cuando esgrimen los aceros,
 con valerosa destreza,
 el noble conde Oliveros,
 y un turco de gran nobleza.
 Notorio es, que de Turquía
 salió con diez mil paganos
 plebeyos, y cortesanos
 Fierabrás de Alexandria;
 vino à la corte de Francia,
 mandando à su embajador,
 que con imperio, è instancia
 rectase al Emperador
 diciendo: en tu campo aguarda
 solo, el rey de Alexandria,
 y à tus pares desafi,
 que de nadie se acobarda.
 Y juntando Carlo Magno

sus gefes, y capitanes
 dijo: muera este pagáno
 oy por uno de mis pares.
 Mas los doce de la fama
 estaban con poco gusto,
 que su rey cierto disgusto
 les dió, y cada cual se escama.
 Aunque estaba herido el conde
 de Genes, que era Oliveros,
 à Carlo Magno responde:
 yo estoy pronto à obedeceros.
 Montó un alazán tostado
 de feroz naturaleza
 un risco en su fortaleza,
 leal bruto, y fiel soldado.
 Partióse luego al instante
 con celo, y valor cristiano
 à darle muerte al gigante
 con lanza, y espada en mano.
 Hallábase desarmado,
 tendido sobre la tierra,

que olvidado de la guerra
repecha descuidado.
Miróle con atencion,
consideró su valor,
causandole admiracion
su diformidad, ò grandor.
Y le dice: noble turco,
no tardes en levantarte;
pon diligencia en armarte,
mira, que tu muerte busco.
Y sentandose el pagáno
dice: muy soberbio vienes;
y aunque de cuerpo mediano;
muy grande corazon tienes.
Mas mueveme à compasion,
que tu rey como un cordero
te remite al carnicero
con muy poca reflexion.
Respondió el Conde: tu audacia
la verás presto trocada,
que si Dios me dá su gracia,
yo la reduciré à nada.
Dice el turco: eres Roldan,
ò Ricarte, ú Oliveros,
ò alguno de sus compañeros
à quien tanta fama dan?
Pues en tantas dudas lucho,
dime cristiano quién eres,
que me han agradado mucho
tus valientes procederer?
No lo haré, si no merezco
saber tu nombre primero;
y luego sin ser grosero,
decirte quien soy, ofrezco.
Fierabrás de Alexandria,
hijo del grande Almirante,
quien te llevaré à Turquía,
que siempre saldré triunfante.
Quien ha destruido à Roma,
y al apostolico he dado

muerte, y reliquias quitado,
por la gloria de Mahoma.
Huelgome en saber tu nombre:
sabrás, que yo soy Guarín;
y aunque el nombre no te asombre,
yá te asombrará tu fin.
Guarín, por A'á te ruego
desistas de el desafio,
porque en mis dioses confio
has de arrepentirte luego.
Aunque en tu socorro venga
toda la corte de Francia,
à tanto mi esfuerzo llega
que no saldrás con ganancia.
Muchas veces me rogaste
dejemos de batallar,
mas te valiera callar,
que eres un cobarde, y baste.
Y enristrandole la lanza
le dice: armate pagáno,
y si no, por tu alabanza
morirás como un villano.
Con esto se ha levantado
diciendo: armame, amigo,
usa de lealtad conmigo,
no hayas disgusto, ni enfado.
Vistióle un grueso cuero,
con una cota de malla,
y un peto de fino acero,
que mas fuerte no se halla.
Cubriendole por encima
un arnés, con relucientes
guarniciones de diamantes
de inmenso valor, y estima.
Dijo el turco: tu nobleza
es tanta, que no quisiera
por mi grande fortaleza
principiar nuestra quimera.
Buelve, y dile à Carlo Magno,
que yá me has dado la muerte;

logre yo esta feliz suerte,
conque un fiel amigo gano.
Muy enfadado me hallo,
dijo el Conde, mas por eso
te llevaré muerto, ò preso,
montemos presto acaballo.
Tomó el turco sus espadas,
gavan, batiso, ploranza,
y cavalgan sin tardanza,
yá las lanzas empuñadas.
Un fino casco de acero
puso à su caballo el rey,
y al dios Apolín primero
bice oracion en su ley.
Y dije, noble cristiano,
ruégote por Jesucristo,
tu Dios, la cruz, y bautismo,
y amor de tu soberano,
digas con verdad, si eres,
Oliveros, ò Roldan,
pues tus altos procederes,
de serlo indicios me dán?
Dijo el Conde: ya no acierto
à resistir tus conjuros,
sabe, que soy Oliveros,
Conde de Genés por cierto.
Muy enorabuena sea
mi señor; pero no adviertes,
que no estás para pelea,
pues de herido sangre viertes?
bálsamo, en unos barriles
traigo, bebe, y serás sano:
Etimo: dijo el cristiano,
esos brevajes infieles.
Y alzando al cielo la vista,
hace oracion muy selecta,
y pide à Dios, que le asista,
con una fe muy perfecta.
O, generoso pagáno,
si hoy dejáredes tu secta,

y te bolviesses cristiano,
mi Dios te admite, y acepta.
Pero sin querer oirlo
tomó del campo el tirano,
lo mismo hizo el cristiano,
que asombra, solo decirlo.
Tiran las lanzas, y hacen
resistencia los escudos,
y por el ayre se esparcen
hechas pedazos menudos.
Ponen mano à las espadas
dándose tan fieros golpes,
que manchados Etiopes
vierten su sangre à estocadas.
Ya los yelmos abollados,
cansados los caballeros,
los brutos muy fatigados,
y mellados los aceros.
Buelven à partir, y dió
el Conde al de Alexandria
un golpe, y la pedreria
por el zéfiro esparció.
Del grande dolor, quedava,
el buen pagáno aturdido;
mas luego se recobrava,
aunque estaba malherido.
Con la vista ensangrentada,
vomita mares de espuma,
con la visera quitada,
hecho un basilisco, en suma.
Encomendado à su Dios
fue con su espada, y vatiso
à Oliveros de improviso,
y se encontraron los dos.
Dióle el turco al Conde un tajo,
que el yelmo, y malla cortó,
resvaló el acero abajo,
y el bruto le maltrató.
Quedando de un muslo herido,
con peligro de caer



del caballo, y fenecer,
por estar yá sin sentido.
Y dice, ò Virgen Maria,
qué herida tan penetrante!
la fatal miseria mia
socorred luego al instante.
Oyendole Fierabrás,
le dice: noble Oliveros,
has visto mis golpes fieros?
yá mi gran valor sabrás.
Dos horas no has de vivir,
vé à curarte, que Roldan
oy tambien ha de morir,
y los que con él vendran.
No desprecies mi consejo,
porque si mas te detienes
segun el peligro tienes
pagarás con el pellejo.
El Conde oyendo estas voces,
cubrióse con el escudo,
con animos muy feroces,
que estaba cuasi desnudo.
Buelven de nuevo à la lid,
y las armas con centellas
obscurecen las estrellas,
siendo cada uno un Cid.
De la batalla el ruido
parecía una herreria,
y el campo estaba teñido;
quién vió tal carniceria?
De este combate ha quedado
herido en pecho, y cabeza
el Conde, y con gran tristeza
un poco se ha retirado.
Y fiel comemoracion
haré de los beneficios
de cristo en muerte, y pasion
y sus santos sacrificios.
El pagáno se reía

diciendo: no vale nada
tu Dios pues en tal jornada
jamás te favorecia.
Y continuando la guerra
faltó el caballo al cristiano,
con sangre inundan la tierra
à pie con espada en mano:
Ya cuasi muerto se hallaba
el turco, luego bebió
del báisamo, y se bolvió
diciendo, que sano estaba.
Mas los barriles con brio
cortó el Conde por fortuna,
y arrojólos en un rio
en una suerte oportuna.
Todo un dia batallaron
estos valientes guerreros;
mas los nobles caballeros
al finiquito llegaron.
En conclusion, el pagáno
desangrado, y desmayado
se redujo à ser cristiano
viendose tan precisado.
Bautizado este gigante
sirvió siempre à Carlo Magno,
siendo fiel, perfecto, y sano,
y en la guerra muy constante.
Perdió su padre entretanto
su estado, y vida en la guerra,
Fierabrás al fin fué salvo,
y antes Monarca en su tierra.
Esta es del conde Oliveros
la victoria mas estraña,
y mas principal hazaña
de sus arrojios primeros.
Y Don José Blas Moreno
perdon pide à los discretos
por Jesus de Nazareno,
de estos rusticos conceptos.

F I N.

Valencia: Imprenta de la Hija de Agustin Laborda, año de 1822.